Carta abierta a Juan Carlos Onetti (1909-1994)

La historia más triste

Enigmático escritor:

Hay una fotografía suya, quizá la más famosa, en la que se le ve en la cama con un periódico, sorbiendo mate, rodeado de cachivaches que llenan la mesilla y de papeles pegados en la pared. La imagen está tomada en su casa de Madrid, donde un día de 1975 decidió encerrarse definitivamente tras varias penalidades vividas en Argentina. Cuando veo esta foto sorprendente quisiera preguntarle varias cosas, sobre todo qué clase de depresión o desánimo existencial le llevó a recluirse en la cama durante tantos años, ya que prácticamente sólo salió de ella para recoger el premio Cervantes en 1980. También siento curiosidad por el paisaje doméstico que le rodea (por el diario que leía, si era de su Montevideo natal o de Buenos Aires, o quizá de Madrid), pero resulta que con estos interrogantes sin respuesta se ha cumplido su centenario, una fecha agrandada por los enigmas que rodearon su carácter, que seguramente habrán influido en el tono de culto, un tanto hermético, con que siempre se le ha admirado.

Dicen que el pesimismo que se desprende de su literatura fue también el que marcó su vida retirada, pese a haber sido reconocido en la actualidad como uno de los precursores del boom latinoamericano que tanto éxito alcanzó después. Tal vez Mario Vargas Llosa –su más reciente admirador y biógrafo en el libro *El viaje a la ficción* (2008)– podría darnos pistas esclarecedoras de esa oculta personalidad suya y de lo que le impulsó a someterse a ese encierro voluntario tan sorprendente. Su tristeza, la tristeza de Onetti, ha resultado antológica.

Con esa sensación de misterio he leído de nuevo uno de sus libros fundamentales, *El astillero*, y desde el comienzo los fantasmas me han arrastrado. El librito que he tenido entre manos –uno de aquellos antiguos de Salvat, con las hojas totalmente amarillas de vejez– ha podido incrementar esa aureola que acompaña su obra, en la que es difícil distinguir la realidad de la ficción. Nada más aparecer Larsen, protagonista de la historia y uno de sus personajes favoritos, y luego ese astillero que se cae a pedazos entre la herrumbre y la humedad, el fracaso se adueña del ambiente y el lector se ve agobiado por la tristeza de unas vidas sin vida que actúan como en una representación teatral. Alguien ha dicho que *El astillero* puede leerse como un relato policiaco y es verdad que algo tiene de género negro ese ir y venir brumoso y desconcertante de Larsen, un tipo del que sólo conocemos su apellido, una frase cortés en la boca y un revólver en el bolsillo del saco.

Como muchos de los grandes escritores, usted inventó un espacio propio para situar sus historias –Santa María, un pueblo imaginario a orillas, quizás, del Río de la Plata– lugar éste que viene a ser como el Macondo de García Márquez. Allí levantó un día esa ruinosa fábrica de barcos que emerge fantasmagórica entre la niebla de las tardes heladas y húmedas que nos estremecen. Gracias a estos elementos, *El astillero* figura entre sus novelas mayores, al lado de *La vida breve*, *Juntacadáveres* o *Dejemos hablar al viento*, aunque hay quien valora más los relatos que escribió, siempre con personajes de pasado inconfesable que mienten y llevan su doble vida como una condena entre burdeles y miserias.

Cuentan que escribía sin cesar –incluso artículos periodísticos, todo ello recogido ya en sus *Obras Completas*– pero de un modo bastante escéptico, sin confiar en otros reconocimientos que no fueran sus lectores. Según se cita en una crónica, usted mismo se definió como "un permanente segundón". Es cierto que los premios le fueron esquivos. En 1966 estuvo a punto de conseguir un galardón tan importante como el *Rómulo Gallegos* con su libro *Juntacadáveres*, pero al final el premio se lo llevó Vargas Llosa con *La casa verde*. Puede que se sintiera de antemano un perdedor semejante a los tipos marginados que surgen entre las sombras de sus novelas. Ya se sabe que muchas veces los personajes de ficción se parecen a sus creadores. Quizá por ese sentimiento tan arraigado y literario del perdedor y por otros males –de cuerpo y alma– se recluyó en aquella habitación de su casa de Madrid donde convocaba de vez en cuando a esa legión de tipos –Larsen, Gálvez, el doctor Díaz Grey– que siempre fueron fieles a su pensamiento: pesimismo, desesperanza, derrota. De todos ellos sabemos por sus novelas. Del resto, de su vida y su retiro de ermitaño con un termo de mate al lado, apenas sabemos nada. Sólo lo podemos imaginar.

> Dicen que el pesimismo que se desprende de su literatura fue también el que marcó su vida retirada

Mª Jesús Gandariasbeitia

Akabuko orrialdea

Kamioizalea

Eskua bizarretik pasatzen du poliki, laztandu nahi balu bezala. Horrek, baina, gutxi du ferekatik. Sei egun egin gabe daraman bizarreko ilaje latzak eskua erretzen dio. Hala ere, haizetako ispiluaren aurrean eder dakusa bere burua, zaharrago baina eder antzera. Emazteari ez, ez zaio batere gustatzen halako bizarrarekin ibiltzea, areago aspaldion hartu dituen soberako kilo horiekin. Senarra zaharregi ikusten hasi da eta behin eta berriro leporatzen dio. Honi ardura gutxi, beheko kaxatik pote bat Loewe atera eta laneko arropa koipeztatua blaitu du. Ehun euroko lurrinak erelan gutxi egin dezake gizonaren izerdi kiratsa estaltzeko, agian bere ondoan pasatzean eragiten duen zorabio sentsazioa areagotu baino ez. Igande arratsaldero bezala, azken bidaia egin ostean, kamioia autobus geltoki ondoan aparkatu du. Iluntzea da dagoeneko eta ordu horretako itzal melankoliatsuek errepidea zeharkatzen laguntzen diote. Soilik semaforoko argi gorriak salatzen dio barruan daraman asmoa. Enegarrenez zalantza egin du errepidearen erdian, metro gutxi baino ez dira baina bestaldeko ertzeraino bidaia amaiezina zaio. Inguruko argiek eta bakardadeak durduzatzen dute, larridura antzeko zerbait eragiten diote. Osakidetzako ospitaleko argiek, ondoko lantegikoek eta Olimpoko dirdira beraiek lekuz kanpo sentiarazten dute. Ez dago inor kanpoaldean, gorri koloreko auto deportibo merke bat baino ez, alabaina, milaka begi salatari bizkarrean inkatuta dituela sentitzen ditu, aterainoko urrats guztiak lapurtzen dizkiotenak. Amasa hartu eta barrura doa errime, ez du inor agurtzen, denek ezagutzen dute, iganderoko finko horietako bat baino ez da. Barrara heltzean lasaiago sentitu da, burua ere ez du jiratu une horretan zenbat bezero dagoen ikusteko, hobe inor ez balego, are gutxiago ezagunik, askotan suertatu izan zaion moduan. Burua apaldu eta ezpainak zain daukan whiski basokada batean ito ditu, ez du berriro jasoko maite duen neska agertu arte. Handik ordu erdira, barruko logeletara daraman korridorean azaldu da, beste bezero baten eskutik azaldu egin da. Soinean daraman arropa gutxia apur bat lisatu eta bezeroari ezpainetan musua emanez agurtu du, irriño ahula marraztu zaio. Gizonak ezin du jasan bere beltzaran maitea beste baten besoetan ikustea, jelosiek barrutik jaten dute. Han bertan, etxean emaztearekin egiten duen bezala, gustura hautsiko lioke muturra. Amorrua atzera ere irentsi behar du.

–Esadazu laztana, esadazu berriz ere maite nauzula.

–Bai maitia, zu baino ez zaitut maite.

Alvaro Rabelli

bbk